



COSTA VERDE

Fotos y texto Patrick Monney

Viaje en un Universo de Naturaleza

Brasil es un torbellino de música y gente, su sensualidad absorbe, las ciudades hechizan y sumergen en un carisma y cariño acogedor. Aquí un recorrido que empieza con lo más fuerte, donde la cultura africana es un monumento y se siente una ola de calor intrigante al son del frenético Candomblé.



Salvador de Bahía

El avión de TAM aterriza en medio de un fascinante cosmos que nos aproxima al centro de Salvador, Villa Bahía, donde se encuentra el hotel; una de las casonas coloridas que forman ese conjunto colonial. Me sumerjo en ese misterioso y enigmático ambiente de Salvador y es así como, por entre el candomblé, me inicio en esa cultura afrobrasileña que es la esencia de la ciudad.

Salvador tiene su parte alta como centro administrativo y religioso, con varias mansiones; y la baja como centro financiero con su puerto, mercado, almacenes.

Anteriormente exportaba azúcar e importaba esclavos, pero hoy en día, mientras uno camina por sus calles penetra en el misticismo de las iglesias, escuchando los tambores y admirando Rodas de Capoeira llevadas al ritmo del berimbau.

Para llegar al convento San Francisco —ubicado en Pelourinho, el corazón histórico—, uno flanquea por las coloridas fachadas coloniales hasta aparecer en su claustro; donde lucen los azulejos portugueses que representan: personajes, navíos, palacios o paisajes surgidos del pasado.

La plaza Terreiro de Jesus, deslumbra con su fuente donde se reflejan la catedral, las iglesias y la antigua universidad de medicina (hoy museo Afro-Brasileiro). Pasando la Praça da Sé, descubro la Santa Casa da Misericórdia que recibía los enfermos y niños abandonados, hoy museo de arte colonial. El rococó Palacio do Rio Branco vigila el elevador Lacerda que lleva a la Cidade Baixa, donde se encuentra el Mercado Modelo, el puerto y el fuerte de São Marcelo.

Mientras uno admira las fachadas, escucha la música de las escuelas de baile, saboreando el ambiente alegre, africano-brasileiro dentro de una atmósfera colonial portuguesa. El choque de las culturas baila en mi cabeza hasta que descubro la iglesia azul de Rosário dos Pretos, creada por esclavos. Cada martes es su fiesta, un día en que las calles se animan con samba y Candomblé que se infiltra por las pieles.

La calle boga sobre la colina con talleres de artistas, la iglesia de Sacramento, el convento y la iglesia do Carmo con su fastuoso plafón pintado.

Después de pasar por el estadio Fonte Nova y el dique do Tororo con gigantescas esculturas de los Orixás, uno llega a la costa con hermosas bahías separadas por morros, y el mítico santuario de Yemanjá (Orixá diosa del mar).

Finalmente descubro Bonfim, con su imponente basílica del Senhor do Bonfim edificada en 1745. A este lugar los devotos traen peticiones y exvotos como fotos, pinturas, miembros de plástico, y llenan las rejas de Fitas junto con pulseritas de buena suerte.

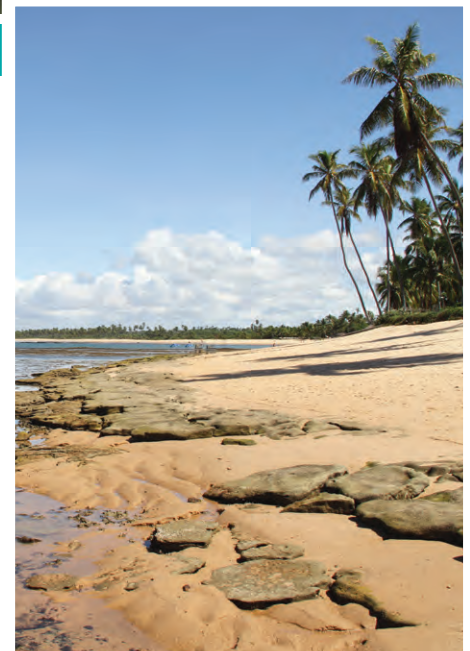
Salvador de Bahía se reconoce como una península que tiembla al ritmo de las mareas, se adorna con la iglesia y el fuerte de Monte Serrat, al tiempo que los barcos flotan sobre un espejo donde se asoman los Orixás y Olorum.

Cachoeira y Praia do Forte

Pasando por pueblos suspendidos en la historia como São Felix, con su elegante estación de tren y su antiguo puente de hierro; llego a la arquitectura colonial de Cachoeira, formada de conventos y ambiente de Candomblé con fiestas afro-cristianas, bailes y cantos en un idioma dialectal africano olvidado.

Por la costa norte, las playas se dejan lamer por el océano y las dunas blancas se pelean con la selva que asoma el lujoso Hotel Tívoli, donde los monos tití pelean las frutas con los pájaros e iguanas. Aquí es muy fácil dedicarse a la relajación con su increíble spa, excelente comida y la playa sombreada por las palmas.

Desde la playa se puede caminar hasta el pueblo de Praia do Forte, donde se encuentra la iglesia blanca junto a la arena y el centro de protección de la tortuga marina; un pueblo donde reina el ocio de lujosas boutiques y restaurantes gourmets.



Ilha de Boipeba

El ferry me traslada a la isla de Itaparica, el pueblo de Bom Despacho que surge como un cuento de Jorge Amado: inundado de sol, sudor y humedad. Recorriendo las colinas cubiertas de palmeras de aceite, paso por Nazaré donde el tiempo parece tajante y suspendido, hasta llegar a Valença que, contrariamente, desborda ruido, gentío y atoladero de lanchas –que viajan 10km de mar hasta los resorts de Morro de São Paulo –.

Una hora después del paseo por el manglar, desembarco en la orilla del río do Inferno y me instalo en la Pousada da Sireia, un pequeño paraíso de 4 cabañas en un jardín selvático.

Después del descanso, salgo y descubro el pueblo Moreré, que no tiene coches y su cocina es un festín muqueca –cocido de pescados u otros mariscos con cebolla, pimienta, leche de coco y demás especies –. Miro las largas playas y descubro pescadores que jalan sus redes o entran a las pozas; pero al voltear hacia el río hallo mujeres que lavan su ropa.

En el pueblo de Moreré el tiempo se ha suspendido al ritmo de las mareas y el regreso es una prueba de ello, pues sucede sobre una gran carreta de madera jalada por un tractor. Difícil querer dejar este paraíso y regresar al alboroto de Valença.



Río de Janeiro

Al llegar a Río, me dejó llevar por su música al ritmo de las montañas y playas junto con las miradas de su gente con cuerpos esculturales.

Río es el Pão de açúcar, ese morro de 396m de altura donde se balancea un teleférico, símbolo de Río y donde se encuentra el Cristo del Corcovado que abre sus brazos sobre un pico dominando la bahía más hermosa del planeta. A sus pies, la selva aturde con sus monos macacos y titis, la vista es fascinante, la ciudad se extiende entre lagunas, playas y morros; mientras que el estadio de Maracanã espera ser despertado por el clamor del juego.

El Copacabana Palace, hotel mítico del grupo Belmond, combina historia, lujo y vista soberbia de la playa Copacabana, donde todo ocurre. Una segunda opción es el Fasano en Ipanema, al estilo de la gente fashion y muy cerca de Leblon, otro lugar favorito para ver y ser visto. El lugar preferido para cenar es Cipriani en el Copacabana Palace.

Río es una ciudad donde se divierte a gusto. En las playas se juega fútbol, voleibol, se corre, se lucen cuerpos y tatuajes. Su gente es el corazón de la vida de un carioca, una existencia dentro de la subsistencia.

Sao Paulo

Luego tanto espectáculo ocurrido en la carretera, rápidamente llego a Sao Paulo, megalópolis tentacular. Me instalo en el hotel Fasano para vibrar al ritmo del fashion way de la ciudad y voy hambriento hacia Emiliano, donde la cocina se vuelve un arte de sabores.

Vivo la ciudad, entre ocio, museos, galerías de arte y encuentros; visitando los lugares de moda como Armani Café o Parigi, o saliendo a correr en el parque de Ibirapuera para disfrutar de los bellos cuerpos que vienen a lucirse.

Es en los barrios modernos que se siente el alma del paulista y se respira la fiebre del mundial de futbol. Es una ciudad fascinante, cosmopolite intrigante, donde la gente vive en la calle y llena tanto restaurantes como discotecas.

Me siento bajo el encanto de un país sensual, hechizado por de los Orixás y enamorado de la gente y las playas, que me envuelven en el romanticismo de los vestigios del pasado. Brasil es una magia, un remolino que fascina y conquista, una aventura de mar y selva con la dulzura de su gente que baila la samba.





Búzios y Petrópolis

El avión de TAM es el encargado de trasladarnos a otro paraíso tropical, aterrizando en Rio de Janeiro para de ahí partir hacia Búzios, una península recortada en bahías de sueño y pueblo de pescadores transformado en capital de ocio veraneo. Brigitte Bardot, actriz y cantante francesa, lo hizo famoso cuando se instaló aquí en los años 60 y sigue siendo el lugar donde se encuentra la Jet Set brasileña.

Búzios es un tesoro de autenticidad y tenuidad con aires de Saint-Tropez. La cocina es un claro ejemplo, con Relais La Borie que fusiona la elegancia francesa con cocina gourmet de sabores brasileños. Para el alojamiento, no hay mejor que el hotel Casas Brancas, donde se puede disfrutar su elegante ambiente, la inigualable vista desde sus terrazas y extraordinaria cocina; y claro que no nos podemos ir de aquí sin antes disfrutar de un placentero paseo marítimo.

A la salida, la carretera se infiltra en medio de la selva hasta alcanzar Petrópolis y llegar a su característico y majestuoso palacio de estilo neoclásico con elegantes salones; actual Museu Imperial. Aquí, antiguamente, se elevaron varios palacetes de los burgueses de la corte, un casino y el centro histórico con hermosos edificios, creando un lugar excepcional en medio de la selva tropical húmeda.

Paraty

Seguí mi camino para descubrir una costa de hermosas bahías e islas y montañas cubiertas de selva que abrazan el océano, hasta llegar al exquisito pueblo de Paraty en el fondo de un soberbio golfo.

Pueblo colonial protegido del paso del tiempo, un Macondo surgido de una novela romántica en el tiempo de los piratas. Al pie de las altas montañas selváticas, surgen las iglesias rodeadas por las casas con ventanas de colores. La iglesia Nossa Senhora das Dores se refleja en el mar. Los callejones rectos empedrados dejan pasar las carretas y los peatones que se dirigen a la plaza da Matriz con sus cafés e iglesia.

A una altitud de apenas 5m, los primeros callejones junto al mar se inundan cuando sube la marea y las románticas ventanas se reflejan en el agua.

De aquí navego hacia las islas paradisíacas con rocas que detienen la caída de la selva en el mar. Bajo, exploro y encuentro fascinantes cascadas que caen según los caprichos de la naturaleza, creando una aventura exótica.

Pousada Casa Turqueza es mi refugio con ambiente novelesco. Sus habitaciones surgen de una fábula, mientras el patio se inunda de flores y en sus salones se viaja a tiempos pasados; dando broche de oro a éste místico pueblo.

